

hombre-soberano de la democracia salva en su conciencia el símbolo confiado en la antigüedad á los bardos y á los monumentos; y que más ardiente que la centella flota bajo nuestro cielo espléndido la antorcha del gobierno propio, del gobierno del pueblo para el pueblo, cuyos caminos alumbró la historia, musa de activa inspiración y de severos acentos. Os invito á su culto. ¿Qué importa que su estatua quede sin contornos y su altar en los cimientos? Trabajar es vivir.—Hay en Norte América, señores, un tipo nacional, que excita en todo tiempo la curiosidad y la simpatía: hablo del *pionneer*. Obrero modesto, emplea su vida en derribar los bosques cantando; desmonta los barrancos, deseca los esteros, y prepara con su labor terrible y sin brillo, la tierra explotada mañana por el agricultor, que muestra orgulloso las mieses de los campos regados con el sudor honrado de su frente. El viajero, sin embargo, en presencia del rebelde desierto sometido á la voluntad y la explotación del hombre, trae á su mente el recuerdo del ignorado zapador, que fué vanguardia de la industria, y abrió camino al predominio del arte y de la razón, sobre las fuerzas ciegas.—Señores: si no alcanzo, y no la espero, la gloria del agricultor triunfante, que señala envanecido la cosecha, aspiro á merecer de mis compatriotas el recuerdo humilde con que el viajero honra la memoria modesta del *pionneer* norte americano.

He dicho.

CONFERENCIA II

DESCUBRIMIENTOS (1492-1532).—Descubrimiento del Nuevo Mundo.—
Descubrimiento del Río de la Plata.—Idea general de la población americana.—Civilización de Anahuac. Civilización del Perú.—Reseña etnográfica del territorio argentino.

I

SEÑORES:

Cuando la escuela de Aristóteles se consagraba á la investigación de los principios científicos en todos los ramos, que el ingenio de su siglo podía abarcar, apareció por la primera vez en la Grecia la teoría de la redondez de la tierra y de la vecindad, erróneamente supuesta, de las costas de la India con las de España, que tan imperiosa influencia había de ejercer sobre el espíritu de Cristóbal Colón.—No entra en mi propósito seguir paso á paso el itinerario de esta idea. Mi propósito se limita á dar ligerísimas indicaciones sobre las materias que van á ocuparnos y que solo trataré como preliminar de nuestros trabajos; recomendándoos por lo que toca á la descripción

del país argentino las conocidas obras de M. de Moussy y á la América ante-colombiana las recientes investigaciones de los señores Larsen y López. En tanto que se consumaban sobre el suelo del antiguo mundo las revoluciones más vitales, caían derruidos los imperios al agotarse su aliento y desaparecían civilizaciones faltas de savia, los habitantes de nuestro continente, marcados con el sello de la luz y dotados del vigor de la razón, arrastraban su vida en las tinieblas; y escasas huellas han encontrado las generaciones modernas, que puedan dar cuenta del paso del hombre indígena sobre esta tierra, cuyas primeras alboradas se han perdido en el abismo de la barbarie.—Contenido en sus correrías terrestres el genio aventurero de los piratas normandos, raza varonil y emprendedora, hubo de lanzarse á los anchos mares para satisfacer su fiebre de actividad.—Sus descubrimientos en el norte de Europa los llevaron de grado en grado, hasta que en 982, ó 32, Erico Rauda, islandés de las colonias normandas, descubrió la Groenlandia, *país verde*, separada de la América septentrional por el estrecho de Davis. Las colonias escandinavas de Groenlandia apenas fueron conocidas en la Edad Media, y severos historiadores sostienen que Cristóbal Colón no tuvo noticias de ellas ni de sus viajes subsiguientes, al formular sus proyectos aunque bien puede sospecharse lo contrario, á ser exacto que estuvo en Islandia por el año 1477. Un accidente acaecido en el primer año del siglo XI al islandés

Biorn, que buscaba su padre en Groenlandia, lo arrojó cerca de ciertas playas bajas y montuosas, cuya noticia excitó la curiosidad del hijo de Erico Rauda. En compañía de Biörn, emprendió un viaje de exploración, y después de reconocer varias islas, pisó al fin en el continente americano, donde echaron los fundamentos de una colonia llamada Vinland, *país del vino*, á causa de las vides silvestres que sobre su suelo encontraron. La historia de estas colonias no es sino un grupo de inferencias y de hipótesis más ó menos fundadas. Parece que los escandinavos propagaron allí la fe cristiana, y si hemos de creer á las relaciones del viaje de los hermanos Zenzi en 1380, se ostentaban allí opulentos monasterios, sujetos á los prelados regularmente establecidos por la sede pontificia.

Otros viajes menos evidentemente probados, y principalmente el de Madoc-ap-Owem en 1770 figuran también en la multitud de las inferencias. Lo cierto es que, hacia el principio de la Edad Moderna, la Europa poco comunicada entre sí y atolondrada en los sacudimientos de las nacionalidades que tomaban forma, ignoraba la importancia posible de los viajes que por las frías regiones del norte llevaban á cabo aquellos pueblos, semilleros de las generaciones, que renovaron su faz. Aún se cree que en los primeros años del siglo XV, las colonias escandinavas habían sufrido golpes de muerte y llegado á su última hora. Por manera que las aventuras mencionadas no tuvieron trascendencia en la

suerte del género humano, ni abrieron nuevos horizontes á la ciencia ni caminos desconocidos al comercio del mundo. El siglo décimoquinto, época de extraordinario carácter, en que comenzaba á levantarse la ciencia sobre los escombros de la libertad, fué un día providencial, en que la Europa se entregó en manos de los reyes, realizando una evolución dolorosa de progreso, en la cual, merced al paréntesis de las pasiones interiores, pudo lanzar su espíritu por la esfera de la ciencia, y sus naves exploradoras por mares ignotos, cuyo nombre amedrentaba hasta entonces con el horror de la fábula á la tímida ignorancia. Cien años antes se había descubierto la brújula, y con este recurso para guiarse en la inmensidad, los viajes se habían hecho más animosos, y los castellanos se habían apoderado de las *Islas Afortunadas*, vecinas de las costas de Africa.

El espíritu comercial de aquel tiempo buscaba la emancipación de los mercados italianos, en el tráfico de la India, y el esfuerzo constante de los navegadores así como el del gran rey de Portugal, cuya divisa decía: *talento para hacer bien*, se reducía á navegar las costas occidentales de Africa, con el objeto de encontrar su extremo sud, y dirigirse rectamente á los puertos del Asia. Hasta entonces las relaciones de ambos continentes eran sobremanera limitadas, y los principales viajes de la Edad Media á la antigua cuna del género humano, habían sido las cruzadas; los de Anselmo Carpini y sus compa-

ñeros en 1245, y principalmente el de Marco Polo, en el mismo siglo XIII, que recorrió el Asia durante veinte y seis años, visitando numerosas comarcas meridionales. Las maravillosas descripciones que de estos países publicaban los viajeros, encendían más el ardor de los descubrimientos, y entonces fueron adquiriendo vuelo con el perfeccionamiento de la ciencia, las empresas que, como acabo de indicar, eran en el siglo XV estimuladas por el genio mercantil, y colocadas en vías de ejecución. Continuando las exploraciones portuguesas por las costas africanas, Bartolomé Díaz descubrió en 1486 el extremo meridional de dicho continente, que denominó, á causa de las tempestades que en sus cercanías lo combatieron, Cabo tormentoso, nombre que Juan II substituyó por el de Cabo de Buena Esperanza, en razón á la que tal descubrimiento habría de obtener el resultado de tantos y tan duros afanes. Entre tanto, había llegado el instante imprevisto, de que un marino desconocido combinara en su mente poderosa el proyecto, que poniendo á contribución los errores de la ciencia antigua, iluminados por el resplandor de grandes verdades físicas, vino á explotar en beneficio del hombre sus propios engaños, merced á la profunda fe de sus convicciones, á la incontrastable energía con que arrostrara la adversidad, á la perseverancia con que buscó su ideal, no contento con dar un mundo nuevo á la civilización, hasta que la muerte lo reclamó dignificado y glorioso en la apoteosis del dolor. Cristóbal Co-

lón, señores, cuyo nombre no puedo pronunciar sin emoción, fué grande ante la historia y grande ante el sentimiento. Su inmortalidad se desprendió de las ciencias, como de su foco que más irradiaba en cuanto abarcan los horizontes morales de la humanidad. Hijo de una familia obscura, pasó su juventud en los mares. Solo sobre la inmensidad, adquirió en la vida del marino, la fuerza impetuosa de la reflexión, vigorizada por el estudio, y ese altivo sentimiento de sí propio, esa conciencia soberana del deber, nacido de la responsabilidad moral de la razón, que determinaron su carácter, tan grande como la especie humana lo comporta.

La esfericidad de la tierra era el axioma capital, el punto de partida de su sistema, y de sus ambiciones, desenvolviéndose en su espíritu por la operación de su fe religiosa, y el predominio de un error científico con que bajó á la tumba. Colón suponía, en efecto, que la circunferencia de la tierra era menor de lo que han demostrado las investigaciones modernas, y á este error agregaba el de creer que el Asia habría de extenderse hacia el este, de tal manera que sus costas debían quedar próximas á los límites occidentales de la Europa y del África. Asegurábanlo en estos antecedentes las tradiciones confusas de los antiguos, y las noticias adquiridas por los viajes de Marco Polo y Juan Mandeville, en los siglos XIII y XIV. Su vivo sentimiento religioso le sugería además impresiones eficaces, relativamente á

la población de las tierras, porque su corazón no podía familiarizarse con suponer la humanidad reducida á los estrechos límites que sus contemporáneos le asignaban; y su tendencia irresistible á propagar el Evangelio entre nuevas gentes, adquiriría la perseverante vehemencia, que decide las grandes vocaciones. Si efectivamente, las costas orientales del Asia se prolongaban en dirección al continente conocido, y las aguas del Océano Atlántico no ocupaban la inmensa porción del mundo, que le señalaba Ptolomeo,—navegando directamente en ese rumbo, debía encontrarse un paso fácil y rápido á las Indias, nuevo incremento al comercio y ancho campo á la civilización cristiana.—Veinte años agitó el marino este proyecto, gran parte de los cuales consumió en inútiles tentativas, seguidas constantemente de repulsas vejatorias, ya de la aristocracia genovesa, ya de las monarquías de Portugal, de Francia, de Inglaterra y de España, y aún de opulentos señores de la nobleza castellana.

Si pudiera consagrar esta conferencia á la historia del descubrimiento, yo os mostraría, señores, aquel sabio escarnecido, que tenía que replegarse dentro de sí mismo para buscar alivio á las amarguras que el destino se complacía en derramar sobre su alma, sin que la rica savia de su vida íntima se agotara jamás, sin que su energía fuera rebelde al imperio de sus profundas convicciones. Sometido á la irrisión del vulgo, al odio de la ignorancia, á los vejámenes de un

consejo incapaz de comprenderlo, y á la persecución de cortesanos pervertidos y de bruscos soldados, aquella alma templada en el fuego del cielo jamás se debilitó, jamás dudó de sí misma. Tranquilo sobre la tormenta, con una serenidad olímpica, se refugiaba en sus esperanzas y aguardaba el día de la victoria, que fué para él el día de la injusticia y de la hiel.

A su llegada á España la reacción nacional contra los moros consumaba el último acto de aquel drama glorioso, que duró ochocientos años. Larga fué su permanencia en el reino y espantosos los combates, que tuvo que arros-trar. En 1492, por fin, la ilustre Isabel la Católica concedióle la protección que pedía y dándole el gobierno de las tierras que pudiera descubrir, tomó bajo su amparo la empresa desdeñada por la nación entera, á excepción de cortísimo número de hombres ilustrados, entre los cuales descuella con singular carácter el humilde religioso de la Rábida, fray Juan Pérez de Marchena, consolador y amigo del infeliz aventurero.

El 12 de Octubre de 1492, tomaba posesión por Castilla, de la isla de Guanahaní, que denominó San Salvador.

Al caer á sus pies, ebrios por un entusiasmo que rayaba en adoración, los infieles compañeros de la travesía, que hicieron peligrar su vida tantas veces, y cuya obstinada resistencia sólo podía vencer la voluntad de acero del almirante, el alma del grande se abrió sin duda á la expansión de la inmortalidad.

Establecida la primera colonia y costeadas otras islas vecinas, volvió para España en Enero de 1493. Cercano el fin de su primer viaje estalló una tempestad horrorosa, contra la cual parecía impotente el arte, necio y temerario el coraje. Una vida entera de sacrificio esterilizada, una esperanza estupenda para el mundo, perdida acaso sin remedio, tantos sueños de gloria disipados y tan altos y generosos entusiasmos sepultados en los senos de la muerte eran sin duda atroces perspectivas para el heroico aventurero. En las páginas de su diario exhaló la impresión que atormentaba su alma, en la cual resplandece sin embargo su fe profunda en la Divinidad, que invocaba con piadosos votos, y el amor á su empresa, que quiso á toda costa salvar, entregando á las aguas el secreto inmortal de su victoria. Su vida estaba, no obstante, reservada para mayores obras y mayores amarguras.

En Marzo arribó al puerto de Palos, de donde había partido entre el temor y la maldición, y donde era entonces festejado como el triunfador antiguo.

En dos viajes consecutivos, buscando con invencible perseverancia el paso de las Indias, objeto de su gigantesca empresa, tomó posesión de otras muchas islas del Atlántico y pisó por fin el continente americano en las regiones del norte, cerca de la embocadura del Orinoco. Otro tópico de interesantes narraciones sería el estudio de los primeros establecimientos espa-

ñoles de las Antillas, pero lo reputo de sobra en esta breve reseña, en que sólo quiero sentar el antecedente histórico de la región que estudiaremos en nuestro curso.

La anarquía que traían consigo los elementos mal dispuestos de la conquista, no tuvo seguramente la menor parte en las persecuciones, que agotaron por el desencanto la vida del almirante genovés. Perseguido en las colonias y en la metrópoli, sufrió prisiones ignominiosas; y calumniado de una supuesta rebelión contra los reyes, fué privado de los derechos concedidos en la capitulación de 1492, y murió obscuramente en Segovia en Mayo de 1506. Tal es el resumen de su vida. El genio meció su cuna, el heroísmo fué su elemento y el martirio su corona: triple raudal de la epopeya, que la lira americana debe entonar ante la tumba de Colón.

II

Despojados los mares de las trazas pavorosas con que amenazaban hasta entonces la ignorancia, poco tardaron otros animosos viajeros en confiar á las aguas y los vientos las esperanzas de su ambición. Persiste durante toda esta época primitiva, el propósito de encontrar el derrotero de Asia, buscando salida al continente intermedio, descubierto por Colón y que

un año después de su muerte recibía el nombre de Américo Vespucio. Este viajero subalterno, debe su gloria á la descripción que hizo de los viajes ajenos, si bien algunos opinan que acompañara á Pinzón en su primer descubrimiento del Brasil, á cuya región le dió su nombre, que fué después extendida á todo el continente.

En el mismo año de 1500 arribaban á las playas del Brasil, Pinzón en nombre de España y Cabral en nombre de Portugal, originándose de este viaje la eterna cuestión de límites, que nos ocupará más adelante.

En 1508 Juan Díaz de Solís en compañía de Pinzón fueron comisionados para descubrir el extremo meridional del continente, y llegaron en efecto hasta los 40° de latitud en la costa patagónica, esterilizándose la empresa por la anarquía de sus jefes. Entre tanto, las colonias continentales del norte continuaban viviendo trabajosamente, y se había encomendado el gobierno del Darién, á Vasco Núñez de Balboa. En sus relaciones con los indios llegó á tener noticias de aquellos inmensos mares, que ceñían el continente por el oeste; con un arrojo digno del nervio caballeresco, se lanzó á través de la cordillera, y en pos de un viaje, cuyas penalidades aterraron la imaginación de nuestros antiguos cronistas, llegó á la costa, y entrando en las orillas del Pacífico proclamó la soberanía de las coronas de España sobre aquel mar, sus islas y tierra firme.

Hemos llegado, señores, al descubrimiento de nuestro país. Juan Díaz de Solís, tan ilustre por

su superioridad como navegante, cuanto por su carácter severo, generoso y emprendedor, había sido nombrado piloto mayor de España á la muerte de Américo Vespucio. A su costa emprendió un viaje, cuyo objeto consistía en encontrar por la región meridional el paso ansiado hacia el Mar Pacífico, descubierto por Balboa, contribuyendo la corona con una parte de los gastos exigidos por la empresa. Zarpó de Lepe en Octubre de 1515, y recorriendo las costas del Brasil, dobló al cabo de Santa María, y penetró hasta la embocadura del río Uruguay, desembarcando sobre su margen izquierda, donde fué víctima con sus compañeros del voraz canibalismo de los charrúas. Así se regó con la sangre de un hombre honrado, la primera simiente de la civilización del Río de la Plata. «Su vida generosa, exclama mi conciencioso amigo el señor Domínguez, fué la primera que se sacrificó en esta parte del mundo en holocausto á la civilización!» Sus desgraciados compañeros regresaron á España desolados.

En 1520 emprendió su viaje fabuloso Hernando de Magallanes, reconociendo de paso el Río de la Plata hasta el lugar donde llegó el infortunado Solís. En este viaje fué percibido por la primera vez el cerro de Montevideo. A continuación siguió su derrotero, y en octubre del mismo año cruzó el Estrecho, que lleva su nombre, y que realizaba la aspiración de su época, así como el propósito inalterable de Colón, ligando el Océano Atlántico con el Pacífico ó Mar

del Sud, como le llamó Balboa. Cúpole á Magallanes la misma suerte que á su antecesor Solís, mas su nombre queda ligado con una gloria, que los tiempos no hacen sino aumentar, al recuerdo de la atrevida expedición, que hizo la primera vuelta del mundo, despreciando los enormes desastres, que la combatieron.

Carlos V dió en seguida el título de piloto mayor al veneciano Sebastián Gaboto, encargándole en 1525 una expedición hacia las Islas Molucas, y confiriéndole al mismo tiempo el gobierno de las tierras que descubriera. Los navegantes no aprendían aún la terrible lección que les presentaba la vida del almirante, y se afanaban por conseguir estas preminencias. Algunos meses antes de la partida de Gaboto, que tuvo lugar á principios de 1526, el emperador había despachado á Sebastián García á fin de que continuara los descubrimientos de Solís, celoso de las intenciones que sobre estas tierras parecía demostrar el soberano portugués. Los inconvenientes del viaje demoraron excesivamente á García, dando lugar á que se le adelantara Gaboto, el cual á su turno hubo de verse obligado á renunciar á su primer proyecto, embocando el *Mar Dulce*, á causa de los motines de su tripulación. Gaboto reconoció la isla de San Gabriel, penetró en el Uruguay hasta cerca del Río Negro, reconociendo de vuelta la costa de Buenos Aires, y después de un breve descanso en el Delta subió el Paraná aguas arriba hasta el Carcarañá. En este punto levantó un fuerte que

llamó Espíritu Santo; continuó la navegación del Paraná hasta los 27°, y bajando después, llegó á la embocadura del Bermejo, que reconoció también. Entabló amistosas relaciones con diversas tribus de indígenas y navegó el Paraguay hasta una altura próxima al sitio, en que pocos años más tarde fundó la Asunción Juan de Oyolas. La circunstancia de encontrar en manos de los indios, después del combate, que sostuvo contra las canoas de los Agaces, algunas piezas de plata, que le cambiaron fácilmente, le hizo pensar que el país era rico en este mineral, y llamó al Paraguay Río de la Plata, nombre que el uso ha reducido más tarde á solo el estuario, desde que desemboca en él el Uruguay hasta su desagüe en el Océano Atlántico. Diego García, que llegó por entonces á su destino, tuvo que ceder á la fuerza que le oponía Gaboto para entregarle el gobierno, y su nombre se pierde en adelante en la más completa obscuridad, á no ser por reclamos ante el gobierno, que dirigidos á la corte á la vez que se presentaban en ellas los agentes de Gaboto, decidieron á éste á abandonar su empresa en 1530. El fuerte Santi Spiritus cayó envuelto poco después en la tragedia de Lucía Miranda, y su guarnición se embarcó, rendida de luchas, que no le ofrecían esperanzas, con dirección al establecimiento portugués de San Vicente. Esto acontecía en 1532, con la pérdida por entonces del primer plantel de las colonias españolas en nuestras regiones. Gaboto había enviado una partida compuesta de cinco

españoles, cuyo jefe se apellidaba César, á fin de reconocer las regiones del Alto Perú buscando fácil camino para el país opulento de los Incas. Recorrieron efectivamente los expedicionarios las tierras que se les habían encargado é hicieron amistades con el curaca del distrito, y de vuelta de su espinosa empresa, encontrándose abandonados, tornaron á emprender su viaje con espantosas penurias, atravesando las cordilleras é incorporándose á las huestes de Francisco Pizarro, cuando Atahualpa acababa de caer en su poder. Estos hechos, señores, por medio de los cuales entraba la civilización española en América, á costa de tan duros desastres, dejaban entender ya el género de la lucha que sería necesario sostener con los bárbaros para conquistar sus tierras palmo á palmo, ya que se había consagrado la violencia como recurso capital de colonización y de propaganda.

III

He referido brevemente el descubrimiento del continente y principalmente el del Río de la Plata. Antes de acometer el estudio de la conquista, que comenzaremos en la próxima conferencia, debo para cumplir mi programa, hablaros de la población indígena del Nuevo Mundo. Al recordar, señores, las dudas en que los conquistado-